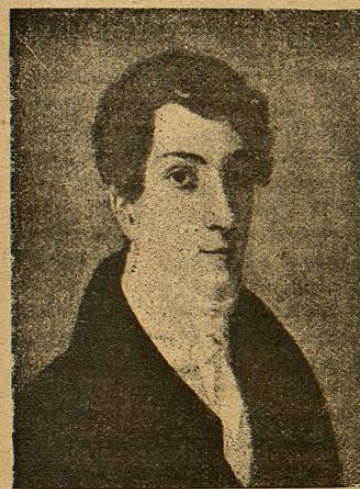


# MICHELET

## SU VIDA Y SUS OBRAS



**Michelet á los 22 años**

Retrato de Poinso, amigo de la infancia de Michelet

El 14 de Julio de 1898, el pueblo de París, festejando la famosa toma de la Bastilla, agolpábase en una plaza de la gran ciudad para presenciar la inauguración de una nueva estatua.

Una joven obrera, escogida entre las más bellas y virtuosas para representar la *Musa de París*, depositaba una corona ante el bronce recién descubierto, y la muchedumbre aplaudía dando vivas á la República y á la sublime Revolución cuyo aniversario se conmemoraba.

Aquella estatua era la del historiador del pueblo, la del que supo relatar con inextinguible poesía los sufrimientos y las sublimidades de los humildos y los oprimidos; la del cantor de la Revolución Francesa, la del más grande de los escritores republicanos: Michelet, en una palabra.

La ciudad de París realizó un acto de justicia uniendo el centenario del nacimiento de Michelet con la fiesta de la Revolución, el aniversario de la toma de la Bastilla. Nadie como Michelet ha ensalzado al



BIB

TEON  
MARIA  
MEXICO

pueblo de París por sus jornadas revolucionarias que salvaron á Francia y regeneraron después á Europa. Para otros historiadores, la Revolución ha estado condensada en los hombres célebres y no en las masas. Para unos la Revolución ha sido obra de Robespierre; para otros de Danton ó de los Girondinos; siempre el hombre providencial guiando los sucesos y preparando los acontecimientos. Para Michelet la Revolución la hizo el pueblo, el héroe anónimo, la gran masa, discordante en apariencia, pero unida por un sentimiento común, por una inspiración instintiva.

Por esto el pueblo de París se dejó arrebatarse por delirante entusiasmo ante la estatua de su historiador, de aquel escritor ejemplo vivo de las sublimes obras que pueden producir la inspiración poética y la delicadeza artística unidas á la ciencia histórica.

A centenares cuenta la humanidad sus historiadores, y, sin embargo, ni uno solo de ellos puede compararse con Michelet.

Forma éste escuela aparte, sin precursores ni discípulos; sin modelos en que inspirarse ni imitadores capaces de seguir sus pasos.

En la definición que daba de la Historia está todo el secreto de su originalidad y su grandeza. «*La Historia es una resurrección*». Michelet no relata, resucita el pasado con toda la fuerza de un mago que hiciera revivir las muertas generaciones del polvo del pasado.

Jamás faltó á la verdad en sus relatos: nunca á sabiendas falseó un hecho para que así resultasen más hermoso su relato ó más lógicas sus conclusiones: expuso siempre con franqueza hasta los hechos que pugaban más con sus juicios; pero junto á esta veracidad empleó tanto arte en la redacción de sus obras, buscó de tal modo la vida y la acción de los hombres y los sucesos y se mostró siempre tan fiel servidor de la amenidad, que puede llamarse sin escrúpulo á Michelet «el novelista de la Historia».

Anticipándose en más de cincuenta años á Flaubert, Goncourt, Zola, Daudet y Maupassant, los grandes maestros de la novela naturalista, Michelet estudió los personajes históricos como los modernos novelistas han estudiado el hombre vivo. Presentía sin duda que la historia y la novela son casi iguales, sin otra diferencia que la historia trata de los actos y pasiones de los pueblos y la novela de los hechos y sentimientos del individuo: y valiéndose del mismo sistema que el novelista, estudió antes que el personaje el ambiente en que vivía y sus influencias; trazó retratos completos, valiéndose muchas veces de un simple detalle de esos

que parecen triviales á los historiadores solemnes y monótonos, y todos sus relatos fueron *resurrección*, siempre resurrección, haciendo palpitar el pasado de los pueblos en las páginas de la Historia como la vida moderna palpita en los capítulos de una novela. X

¡Poderosa imaginación la de Michelet! ¡Asombrosa facilidad de adivinación! Leyendo sus libros parece que Michelet tenía miles de años, que había nacido en las épocas más remotas de la Historia y que todo lo que relata lo había visto por sus propios ojos, sufriendo dolores con los vencidos ó entonando himnos de gloria con los triunfadores.

Su pluma suena sobre el papel como la trompeta del Juicio Final, que hace surgir vivas las generaciones, rompiendo sus sepulturas de miles de años. A su evocación levántanse de entre la hierba las rotas columnas, las cornisas hechas pedazos, y la antigua basilica destácase sobre el cielo azul como la última sonrisa del paganismo; la gótica abadía se reconstruye con las pesadas bóvedas y las ligerísimas columnatas de un arte puramente infantil, y en lo alto de la torre de afligranada piedra, el sonoro y majestuoso bronce conversa con el lejano esquilón del castillo feudal, nido del águila rapaz, del señor cubierto de hierro que comparte con el abad la explotación del siervo: el labriego pegado al terruño vive como la bestia, sin más esperanza que la muerte ni más alegría que las supersticiones restos dispersos del paganismo que le ponen en contacto con la naturaleza; la teología y el derecho de la fuerza pesan como enorme montaña sobre el alma; el monje, el rey y el caballero se reparten el mundo; los hombres forman rebaño; hasta que surge el Renacimiento, que es una nueva alborada de la humanidad y viene después la Revolución, el pleno día, en el cual los pueblos ven remontarse el sol de la libertad en el horizonte de su historia.

Los siervos trocados en hombres, los oprimidos transformados en ciudadanos, necesitaban un historiador que entonase un canto eterno relatando su revolucionaria metamorfosis, y éste fué Michelet.

Leyendo al gran escritor republicano se vive la vida de toda la humanidad. Sus palabras son golpes de cincel que esculpen en el mármol histórico la epopeya de los pueblos. Se ve cómo despiertan del embrutecimiento del rebaño, cómo sienten la idea de la patria y entran de lleno en la vida de nacionalidad; y frente á este ascenso de los humildes en busca de su dignificación se vé el desarrollo de la tiranía mudando de forma y de colores como enorme serpiente que cambia de sitio y retuerce los anillos buscando asir y ahogar mejor al pueblo que despierta

los guerreros se convierten en déspotas; surgen las grandes monarquías de poder absurdo y sin límites, resucitando en Europa las dinastías asiáticas, el rey semidios, el soberano—sol ante el cual la vida, la propiedad y el honor individual no existen: luchan los dos poderes, el del pueblo y el del rey y la Iglesia, como en las leyendas religiosas luchan los dos principios antagónicos el Bien y el Mal, Dios y el Diablo; hasta que llega el momento decisivo, la explosión que todo lo nivela, el ajuste definitivo de una cuenta que data de muchos siglos, la Revolución; y este momento supremo y sublime que no tiene igual en la crónica del mundo es el que Michelet, con sus energías de antiguo profeta y sus delicadezas de poeta de los humildes, relata á la posteridad en su HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN.

\*  
\*  
\*

La infancia de Michelet fué tan triste, tan dramática, que bien merece ser conocida. El mismo Michelet fué su propio historiador pues, en muchos pasajes de sus obras habla de su familia y recuerda los hechos de su infancia y su juventud.

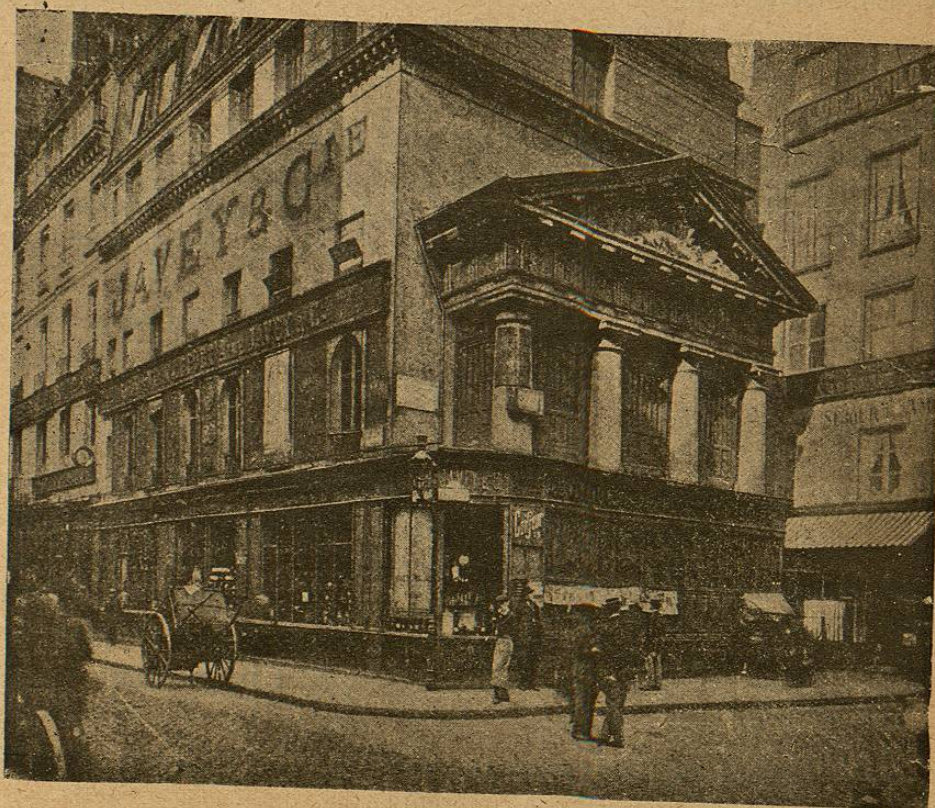
Los primeros años de este poeta de la historia no fueron tranquilos como los de Lamartine, el gran poeta francés, ni felices y afortunados como los de Goethe, el gran poeta alemán: no gozó esa infancia dichosa y agradable de otros que, sin las preocupaciones de la subsistencia, sólo han tenido que dar libertad á las grandes facultades de que les había dotado la naturaleza para conseguir inmediatamente la celebridad.

Al nacer Michelet sólo encontró junto á su cuna el hambre, la enfermedad, el frío, la incertidumbre del mañana, la obligación de ayudar á sus padres en su lucha terrible y diaria para conquistar el pan. Gracias á su constancia, á la gran energía de carácter que ocultaba en su cuerpo débil y enfermo, pudo triunfar de todos los males y peligros con que la desigualdad social rodea á los pobres.

El padre de Michelet era de Laon; la madre había nacido en una aldea del departamento de Ardennes, el país de las rocas y de los grandes bosques, cuyo clima rudo y durísimo hace las costumbres austeras y obliga á las gentes á pesados trabajos. «Las dos familias de que procedo—dice Michelet con el orgullo legítimo del que llega muy alto viniendo de abajo—eran familias de labriegos, en lucha continua con la tierra y con la miseria.»

El padre de Michelet iba á estudiar para cura en Laon, donde su

padre era profesor de música y maestro de capilla, cuando estalló la Revolución francesa, que cambió su destino al mismo tiempo que transformaba todas las condiciones sociales. Se hizo impresor, profesión propia de una época revolucionaria en que se leía mucho y el periódico y el



**Casa donde nació Michelet**

Es una antigua iglesia, que la Revolución cerró al culto, perteneciente al convento de monjas de Saint-Chaumont, situada en París en el ángulo que forman las calles de Saint-Denis y de Tracy. El lugar donde nació Michelet fué en el antiguo coro, ó sea en la habitación existente tras la columnata de la fachada.

libro eran alimento indispensable para el pueblo; se trasladó á París ad-  
entrando á trabajar en la imprenta donde se tiraban los Asignados, papel  
moneda de aquel tiempo, y en esta situación humilde y oscura transcu-  
rieron para él los años del Terror, hasta que pasado este período, al ver  
que el comercio y la industria recobraban su actividad, quiso trabajar  
por su propia cuenta. Con la mitad de la fortuna de su padre estableció  
una pequeña imprenta, y entonces se casó con una mujer de más edad

NUEVO LEON  
 BIBLIOTECA  
 "REYES"  
 TAMPICO, MEXICO

que él llegada á París del fondo de las Ardennes para cuidar la casa de un viejo canónigo que era tío suyo.

Julio Michelet vino al mundo en París el 21 de Agosto de 1798 en el antiguo coro de una iglesia cerrada al culto por la Revolución y que su padre había alquilado, estableciendo en ella la imprenta. ¡El escritor más enemigo de la Monarquía y de la Iglesia naciendo en el coro de un templo!... El destino se permite muchas veces contrastes originalísimos.

Los parientes de Michelet encontraron al recién nacido «con poca vida, enfermo sin enfermedad.» Su padre y su madre se relevaban por la noche para velar al recién nacido y alimentarle, creyendo que de un momento á otro iba á morir. Su infancia y su adolescencia hasta los diez y ocho años fueron una serie interminable de sufrimientos.

Michelet, al nacer enfermo y débil, caía en el centro de una familia cuyos negocios no podían marchar peor. En tiempo de la República el impresor Michelet había vivido relativamente bien publicando libros y periódicos, pero la Francia acababa de darse un amo creando primer Cónsul á Napoleón Bonaparte y la imprenta agonizaba bajo el peso de la persecución. Este amo glorioso y poderosísimo era por despotismo de carácter incapaz de sufrir la menor contradicción, la más leve contrariedad; y como la Prensa era el arma de que podían valerse sus enemigos los viejos republicanos, hacía sufrir una meticolosa vigilancia; la limitaba, la restringía poco á poco, hasta que al fin acabó por suprimirla. La ruina de la familia de Michelet sobrevino como consecuencia de las medidas autoritarias que bajo el Consulado y el Imperio se dictaron contra los periódicos y las imprentas.

Napoleón redujo en todo París á trece el número de los periódicos. El padre de Michelet, para poder vivir, obtuvo permiso para publicar una gaceta eclesiástica; pero después de hechos los gastos le retiraron la autorización sin indemnizarle. Intentó imprimir una novela y la policía destruyó el libro antes de ser puesto á la venta, pretextando que molestaba á una persona influyente. El infeliz impresor, imposibilitado de trabajar por la tiranía del gobierno imperial, contrajo deudas para mantener á su esposa y el pequeñuelo; tomó á préstamo seis mil francos de un usurero y un día la madre y el niño recibieron la noticia de que acababa de ser encerrado en la prisión de Santa Pelagia, cárcel destinada á los que no podían cumplir los compromisos de dinero. Pero este padre infortunado logró enternecer al usurero, y, con el compromiso de

ir pagando poco á poco su deuda fué puesto en libertad y trasladó su mezquina imprenta á la calle de Saints-Pères; «un local inmenso—recuerda Michelet—destartalado, oscuro como una cueva, donde vivíamos como perdidos, sin puerta ni ventana que cerrase bien y sufriendo un frío horrible. Para llevar adelante la imprenta se necesitaban brazos, y como no teníamos con qué pagar obreros, toda la familia trabajaba diez y seis y diez ocho horas. Mi pobre abuelo, con sus manos temblorosas y sin saber el oficio, ayudaba á mi padre. Mi madre, tocada ya por la cruel enfermedad que debía arrebatárnosla prematuramente, se hizo encuadernadora y plegaba, cortaba y cosía. Yo, niño de seis años, componía lentamente, enseñándome sin la ayuda de nadie á reunir las letras.»

Esta situación tan dura no era sin embargo para la familia Michelet más que una tregua. Aún había de descender más por la pendiente de la miseria. En 1812, al iniciarse el ocaso del Imperio, los padres de Michelet recibieron el golpe de gracia. El número de impresores en toda Francia fué reducido á sesenta: Napoleón concedió una indemnización irrisoria á las imprentas que cerraba y la policía puso los sellos á las prensas, inutilizándolas. El pan de la pobre familia huía para siempre. Estos reveses se tradujeron en horribles sufrimientos para el pobre niño. Michelet, al relatar su infancia horrible de miseria, dice con una sencillez melancólica que agolpa las lágrimas á los ojos: «A pesar de las comodidades de que he gozado más tarde, llevo todavía en mí los efectos de aquella época. Mi estatura más pequeña que la de todos los individuos de mi familia, y una delgadez singular de mis extremidades dan á entender que en mi infancia sufrí la falta de alimento. Mis privaciones pueden resumirse en tres palabras: hasta la edad de quince años nada de carne, nada de vino, nada de fuego. Solo tuve pan (y no mucho) y legumbres, las más de las veces sin otro condimento que agua y sal. Si he sobrevivido es porque á pesar de los sufrimientos la sana constitución de mi padre ha prevalecido en mí. Mi figura pequeña y desmedrada ha quedado como un monumento de aquellos tiempos de duelo: las cicatrices que guarda mi mano derecha atestiguan tantos invierno pasados sin fuego.»

En Michelet no sólo sufría el cuerpo. La sensibilidad era extremadamente delicada en aquel niño, hasta el punto de que el hecho más insignificante conmovía todos sus nervios. Los apuros y la desesperación de sus padres repercutían dolorosamente en su alma tierna. Las